

ANTONIO MAESTRE

INFAMES

EL RETROCESO DE ESPAÑA



¿Qué tienen en común Quim Torra y Santiago Abascal? ¿O Javier Negrete y Adorno con Melitón Manzanás? ¿O incluso Enrique Plá y Deniel e Isabel Díaz Ayuso? La respuesta es sencilla: todos ellos han arrastrado a España al retroceso más profundo. La historia de nuestro país está plagada de personajes que, por omisión, ideología o simplemente por razones perversas, han dejado una oscura huella en la nación. A través de una investigación profunda y de una pluma impecable, el periodista Antonio Maestre nos lleva a un viaje por la maldad y la desidia, un hilo negro trazado desde la invasión francesa hasta los años grises del franquismo, el terrorismo, el nacionalismo, la corrupción y las miserias de la lucha política actual.

Infames es un retrato crudo y certero de los males de nuestra sociedad y una lista negra de quienes, a lo largo de tantas épocas, han llevado a España al desastre.

Llorar bonito...
A Noelia

INTRODUCCIÓN

Nosotros no podemos ser ellos, los de enfrente, los que entienden la vida por un botín sangriento.

MIGUEL HERNÁNDEZ

El drama de un país se puede entender observando y estudiando el comportamiento de la clase que lo ha dirigido y que además ha evitado que otros lo hagan. Aristocracia, burguesía, realeza, oligarquía, grupos sociales diversos que cuando el progreso, el porvenir y la justicia social logran preponderancia y amenazan con imponerse por la norma democrática, encuentran sus puntos en común para instaurar la reacción. En España, la cultura política derivada de la reacción antiliberal ha alumbrado un pensamiento destructor que en los momentos más brillantes de su historia se ocupó de devolverla a las tinieblas. Un desarrollo histórico conformado por las vidas y actitudes de personajes infames y crueles que manejando su odio con habilidad lograron retrotraer a nuestro país a la Edad Media cuando empezaba a atisbar una luz al final del túnel. A veces solo la esperanza de esa luminaria.

Este es un libro que pretende reconciliar al lector con su país poniendo en valor a personajes rutilantes que fueron destruidos por el odio. La España de nuestro tiempo está vinculada a nombres que llenan los recuerdos de dulzura y que si hubieran ganado con su decencia o simplemente hubieran sobrevivido habrían hecho de nuestro país el mejor de los conocidos. Pero la gente decente vence en contadas ocasiones, y nuestra España está construida sobre una lucha épica entre la luz y las tinieblas, entre aquellos que querían dar pan y leche y los que solo ofrecían cadalso. Es

a estos últimos, a los que tenían la muerte como única divisa, a los que conviene conocer. Vislumbrar sus usos y costumbres y el poso ideológico con el que operaban, que desde la caída del Antiguo Régimen edificó un imaginario que permite descifrar los comportamientos reaccionarios del presente.

Personajes esbozados por un mismo trazo, grueso y grotesco como una pintura negra, cuyos verdaderos rostros, protagonistas de esa España Negra que tanto dolor ha causado, surgen en cuanto tomamos la debida distancia. Un bosquejo que puede distinguirse sin importar la época en la que mostró su crueldad y que llega a nuestros días. Un viaje en forma de odisea, sin atender a tiempos lineales, que permite descubrir la crueldad de miembros de la Policía y de la Guardia Civil como Melitón Manzanos, Manuel Gómez Cantós, o Manuel Sánchez Corbí. Siniestros políticos y filonazis como José Finat y Escrivá de Romaní o miserables que soportaron enhiestos diversas épocas de nuestra historia como Severiano Martínez Anido, un profesional de la represión como no ha habido otro. Un recorrido por los personajes infames de nuestra historia, que comienza con los responsables de las vilezas absolutistas y serviles, desde Francisco Tadeo Calomarde, hasta llegar al presente, con personajes más mundanos y con una cultura compartida como Santiago Abascal o Isabel Díaz Ayuso.

Una descripción subjetiva y nada condescendiente de personajes viles y abyectos, para que, al compararlos, sepamos apreciar el valor de los que quedaron sepultados en los márgenes de los libros de historia del Bachillerato. Un ejercicio que permita deshinchar la inflamación progresista con nuestro propio país, para que no nos sintamos esclavos en nuestra propia tierra de una historia que se nos contó para agredirnos.

*España,
¿por qué cuesta decirte?*

*¿Por qué a veces pareces
una madre implacable
que le niega la leche a sus bastardos?*

*País de tanta luz,
¿por qué esta vocación de ser tiniebla^[1]?*

La idea de este libro es reconciliar a una parte de nuestro país que lo mira con desconfianza, porque se ha construido poniendo en valor a aquellos cuyo único mérito es haber vencido y ser más crueles y despiadados. Mostrando de manera abierta que nuestra contemporaneidad es una lucha entre el progreso y la reacción, y que señalar a los villanos es una forma de reivindicar a nuestras heroínas. Pero siempre teniendo presente el dolor que ellos infligieron.

La conformación de una realidad social determinada en un espacio y un lugar concretos no es más que la proyección de las filias, fobias y perversiones de los habitantes de cada tiempo. La historia, en términos generales, se construye a través de las realidades personales de diversos especímenes de todo cuño. Distintas expresiones vitales determinan que un país en un determinado momento de la historia vire hacia un episodio dramático o de progreso. Se puede comprender el devenir de un tiempo histórico sabiendo cómo trata a un camarero el presidente del Gobierno, o cuál es el futuro de un pueblo al conocer los complejos de un emperador cuando se mira al espejo. Son las miserias humanas de personajes con altas responsabilidades las que determinan el devenir de las masas subsumidas. La dialéctica antiliberal. La crueldad como elemento de retroceso de nuestra patria.

En España se podía salir de paseo por el Parque del Retiro y disfrutar de las vistas de la cabeza de un liberal pinchada en una pica. Vicente Richart fue un general liberal que en 1816 intentó asesinar a Fernando VII junto con otros colaboradores en la denominada «Conspiración del Trián-

gulo». Fue ejecutado en la Plaza de la Cebada junto al barbero Baltasar Gutiérrez por su plan para acabar con el monarca en una de sus habituales visitas a un puticlub cerca de la Puerta de Alcalá. El camino viejo de Vicálvaro Ambroz acababa en la Puerta de Alcalá hasta la construcción del Parque del Retiro y más tarde fue desviado para instalar las verjas del parque. Era lugar de paseo de la aristocracia del XIX en Madrid, y por tanto el mejor sitio para poner una picota mostrando la cabeza sangrante de un traidor liberal^[2]. El motivo por el que pocos españoles conocen la extendida práctica *borbónica* de descuartizar liberales y expandir sus trozos por los caminos de la villa tiene que ver con una carencia y un elogio. La carencia es que en España no aprendemos historia, sino el relato nacionalista triunfante. Y la cosa borbónica está impregnada en lo más profundo de ese cuento. El elogio es la loa a la neutralidad equidistante, aquella que muestra que entre un liberal defensor de la Constitución que quería asesinar a un borbón y un rey absolutista, prefiere buscar una posición intermedia, moderada, cuando no rendirse al felón.

Fernando VII mantiene honores y boatos. Monumentos como La Fuentecilla, construida en su memoria en 1815 con la inscripción de el deseado. Aunque aquí, editorialmente, preferimos la denominación de «desdichada fuente», como la llamaba Ramón de Mesonero Romano por honrar a semejante ser infame. También cuenta con calles y avenidas en muchas ciudades de España, a pesar de ser un rey odiado por el pueblo. Vicente Richart no tiene un recuerdo ni en Biar, el pueblo alicantino que le vio nacer. No digo ya en Madrid, donde solo la idea de acabar con el peor monarca de nuestra historia le habría hecho merecedor de darle nombre a la Puerta de Alcalá, allí donde su cabeza fue exhibida en una pica.

España siempre ha soportado una carga que le ha impedido progresar, una rémora que obstaculizaba cualquier atisbo de luz y esperanza. La comprensión de los momen-

tos estelares de nuestra pobre realidad se puede trazar ilustrándolos con un bestiario de la villanía contemporánea. De aquellos personajes que impidieron avanzar y que en momentos cumbres favorecieron la regresión y el retroceso social, cuando no fueron parte del terror más infame. También a través de aquellos colaboracionistas cobardes e inanes que, perfilados al estilo del oscuro conformista de Moravia, favorecieron que unos pocos, guiados por su vesania, se alzaran triunfantes. Pero sobre todo, por encima de todo, la historia de lo que pudo ser y no fue se comprende a través de aquellos hombres y mujeres que en momentos oscuros se levantaron frente a la tiranía e intentaron construir un país de libres e iguales en el que todos tuvieran la oportunidad de desarrollarse de manera digna y con alegría. De la revolución a la reacción por el favor de los tibios, conniventes y consentidores. La historia de España es la de la triunfante reacción antiliberal. Santos Juliá, en su libro *Demasiados retrocesos*, cita a Francisco Ayala para situar esta dialéctica histórica:

Resumiré la historia reciente de España o de los españoles a uno y otro lado del Atlántico como «la pugna de la civilización (es decir, del nacionalismo liberal burgués) contra el tradicionalismo católico-absolutista y la barbarie»^[3].

La memoria colectiva se hace poniendo en valor los referentes, pero también señalando a los antihéroes, a los responsables de que la regresión, el mal, la pobreza, la injusticia y la crueldad hayan sido pilares de la construcción de la identidad nacional. Evidenciar las grandes estructuras de coacción del progreso es fundamental para poder elaborar una conciencia moral democrática que ayude a crear un ambiente próspero de concordia. La ignominia y la infamia de la carcunda se han vinculado a diferentes aspectos de la historia de España para lastrarla a través de la educación, la represión de la mujer, la seguridad y la identidad nacional. Conocer a los reaccionarios que se postularon

frente al liberalismo de José María Torrijos y al trienio de Riego. Poner en valor un liberalismo progresista que no tiene nada que ver con la concepción actual, próxima a los liberales doctrinarios del sufragio censitario y alejada del ideario de democracia liberal en una economía socialista que proponía Max Aub.

Los conceptos básicos que vehiculan este texto son el señalamiento de los crueles e infames, la alabanza de las víctimas y los referentes morales, y el reconocimiento y asunción de los propios errores. Estas tres ideas fundamentales vertebran cada capítulo. Esta es una historia de malos que huye del maniqueísmo ideológico con que se intenta reducir a lo abstracto el pensamiento propio, y también el colectivo, pero sin renunciar a unos postulados claros y firmes desde una perspectiva marxista que tiene como enfoque la visión de los humildes y la construcción del relato desde el punto de vista de la clase trabajadora y sus necesidades, angustias, deseos y quebrantos. Honrando la tradición de la historiografía marxista.

La introspección ideológica es imprescindible para avanzar, y es en la visión crítica de los derrotados donde la izquierda tiene todo que aportar. Reinhard Koselleck señaló una paradoja que ayuda a comprender esta curiosa dialéctica:

Si en el corto plazo son los vencedores quienes hacen la historia, a largo plazo las ganancias históricas de conocimiento proceden de los vencidos^[4].

Es Enzo Traverso quien apunta en *Melancolía de izquierda* el camino a seguir para recuperar la dignidad y el arrojo perdidos tras la derrota existencial que supuso el derrumbamiento de la obra socialista en 1989. A tal fin, nos propone referentes ineludibles como Eric Hobsbawm, el inmenso historiador marxista, con el que ejemplifica cuál sería una posición moral aceptable ante la historia. Sin militar en ella,

simplemente como herramienta de comprensión y análisis para la construcción del ideal social:

Hobsbawm reconocía las atrocidades de Stalin, a quien presentaba como un «autócrata de una ferocidad, una crueldad y una falta de escrúpulos excepcionales (algunos la calificarían de únicas)», pero agregaba de inmediato que en las primitivas condiciones de la Rusia zarista habría sido imposible modernizar e industrializar el país sin autoritarismo y violencia [...] A sus ojos «La tragedia de la Revolución de Octubre radicó precisamente en que solo podía producir este tipo de socialismo dirigista cruel y brutal»^[5].

La posición moral de la izquierda ante los errores de sus ancestros ideológicos no puede ser exonerarlos, disculparlos o justificarlos, sino reconocerlos para incluirlos en el análisis histórico, y que sirva para la construcción futura de un país que enarbole la defensa de los derechos humanos como los cimientos sobre los que edificarse.

Lucio Magri utiliza un poema de Bertolt Brecht llamado «El sastre de Ulm» para mostrar la enseñanza de la derrota del socialismo como un aprendizaje. Cómo un proyecto tan avanzado a su tiempo no pudo consolidarse, debido a la situación objetiva con que se encontró, pues no tuvo tiempo de aprender de sí mismo ni de su comportamiento, de sus errores y de sus aciertos. Por echar a volar demasiado pronto sin margen de error y sin red de seguridad. Decía Bertolt Brecht en su poema:

*—¡Obispo, puedo volar!
—le dijo el sastre al obispo—.
¡Fíjate, voy a probar!
—Y con algo como alas
el sastre subió al lugar
más alto de la catedral.
Pero el obispo no quiso mirar.
—Como el hombre no es un ave,*

eso es pura falsedad
—dijo el obispo del sastre—.
Nadie volará jamás.
—El sastre ha muerto —la gente
al obispo fue a informar.
Fue una locura. Sus alas
se tenían que desarmar.
Y ahora yace destrozado
sobre la plaza de la catedral.
—¡Que repiquen las campanas!
Era pura falsedad.
Como el hombre no es un ave
—dijo el obispo a la gente—
¡nunca el hombre volará^[6]!

Y sin embargo, voló. El sastre de Ulm solo fue un precursor que no tuvo tiempo de mejorar y perfeccionar una idea utópica que con el paso de los años y el progreso se pudo llevar a cabo. Era cuestión de tiempo, solo se precipitó, y no tuvo oportunidad de enmienda. Esa es la premisa fundamental en la que se basa la idea de Magri de revisión, reconstrucción y reafirmación de las ideas del socialismo para un futuro, sin importar que en el pasado fuera un fracaso. Lucio Magri expone que el capitalismo sí incurrió en tremendas contradicciones a lo largo de su historia, pero además tuvo la oportunidad de revisarse mientras se construía sin importar el antagonismo entre teoría y práctica. Un estado liberal que afirmara a la vez la libertad de pensamiento y la defensa de la naturaleza humana mientras se construía a base de esclavitud, colonialismo o de la expulsión de los campesinos mediante las *enclosure acts*^[7] solo podría sobrevivir sin que las contradicciones lo desarmasen gracias a la ausencia de un sistema alternativo que lo superase, o por el uso de la fuerza. Magri lo exponía de la siguiente manera:

¿Cuánto tiempo, cuántas luchas cruentas, cuántos avances y derrotas le fueron necesarios al sistema capitalista en una Europa occidental al comienzo más retrasada y bárbara que otras regiones del mundo para encontrar al final una eficiencia económica jamás conocida, darse nuevas instituciones políticas más abiertas, una cultura más racional^[8]?

Esa es la razón fundamental por la que la historia del pensamiento socialista no tiene que morir en los errores del pasado. Porque si la historia del capitalismo no fue unívoca y no consiguió establecerse y consolidarse sin caer en los mismos errores, tragedias y costes en vidas humanas, no hay motivo para pensar que su antagonista no vaya a tener una oportunidad en el futuro, cuando el agotamiento del sistema capitalista dé muestras de llegar a su fase de exhalación. Por esa razón la izquierda necesita armarse, estar atenta para no dejar pasar su oportunidad cuando esta llegue a presentarse. No solo desde el análisis global e histórico, sino desde el local y concreto, y, más importante, desde el ejercicio de la autocrítica y la construcción de un imaginario referencial que muestre hasta qué punto se está en el lugar adecuado de la historia. Esa conciencia se construye en este texto a través de la exhibición de los enemigos y adversarios, y también de aquellos antagonistas que mediante la solidaridad, la justicia y su propio compromiso escribieron las mejores páginas de nuestro país. De la España que pudo ser y no fue. Porque hubo otro país posible, y aún lo es.

CAPÍTULO 1

La resistencia ante el tirano, terrorismo etarra y la izquierda traicionada

Una de las mayores losas que los aspirantes al progreso nunca han podido quitarse es la de las traiciones fundamentales a los valores que defienden, como la justicia social, la equidad y el respeto a los derechos humanos. Los complejos de la izquierda siempre han asomado para mostrar la dificultad de posicionarse frontalmente en contra de actitudes que desde los valores morales progresistas nunca pueden ser toleradas. Cueste lo que cueste y nos cueste lo que nos cueste. La incapacidad de ciertos elementos para marcar un mensaje propio sin verse contaminado por la alteridad, es decir, por las posiciones del enemigo histórico, ha impedido analizar con perspectiva cuál debe ser la posición de la izquierda, matizada, ante eventos históricos con los que ha mostrado una tibieza de lo más imperdonable.

El uso de la violencia en diferentes momentos de la historia ha sido el mayor causante de esta disonancia entre los valores que se le presuponen a la izquierda y la realidad. Una distancia con respecto a la situación objetiva que no es tolerable si lo que se pretende es mostrarse a la sociedad con credibilidad, y con un corpus radical de respeto al diferente y a los derechos humanos básicos. No hay radicalidad asumible que acepte en democracia la violencia como un elemento tolerable de disensión política. Es aquí, en el concepto de violencia, donde asoman los matices que la historia nos enseña con crudeza para marcar una guía moral de cara a un nuevo tiempo. Un sextante que trace el rumbo

hacia la radicalidad democrática, ofenda a quien ofenda. Y si es a los propios, mejor.

El terrorismo de ETA es quizás el elemento más complejo con el que la izquierda española ha tenido que lidiar. No ya los propios nacionalistas que eran responsables de los atentados, sino el resto del espectro ideológico que ha tenido que evitar que el elefante en la habitación de la violencia sin sentido le aplastara con su pata mientras intentaba evitar posicionarse. Si ya era cobarde pero comprensible evitar esa discusión cuando ETA asesinaba, más aún lo es ahora, cuando el único riesgo lo corre la sensibilidad de las víctimas.

El uso de la violencia está totalmente aceptado en sociedades democráticas. No solo por el manido monopolio de la violencia weberiano, sino por la aceptación social de ciertos usos de la violencia por parte de elementos disociados de los cuerpos y fuerzas de seguridad del Estado. Todos, en algún momento, han considerado justificado su uso por parte de elementos ajenos a quien ostenta dicho monopolio. Para la profesora de Psicología Social de la Universidad Complutense de Madrid, Concepción Fernández Villanueva, la violencia se basa en tres parámetros clásicos: la intensidad, la intencionalidad y la calificación moral de la conducta y de los daños producidos. Atendiendo a estos, cualquiera puede considerar justificado o no su uso, porque su aceptación es un acto subjetivo, íntimo, que ni siquiera tiene por qué ser revelado.

En febrero de 2009, Emilio Gutiérrez, un vecino de Lazcano al que le habían destruido su vivienda en un atentado de ETA, la emprendió a mazazos con una Herriko Taberna en venganza por los daños sufridos en su domicilio. Su actuación fue comprendida por muchos, incluso compartida y celebrada. Se produjo el proceso de legitimación colectivo que hace aceptable el uso de la violencia. Ese proceso de aceptación moral no implica que pueda librarse de las consecuencias penales, pero sí provoca un sentimiento mayori-

tario de aprobación del uso de la violencia. Lo legitima. La reacción de Emilio Gutiérrez tuvo una respuesta social casi mayoritaria de aprobación en todos los niveles de representación pública y social. La cadena COPE lanzó una plataforma de apoyo al ciudadano, el presidente del PP vasco, Antonio Basagoiti, se ofreció para defenderle en el proceso judicial, e incluso José Luís Rodríguez Zapatero se mostró comprensivo con la actuación. El caso del vecino de Lazcano logró desencadenar un proceso generalizado de legitimación moral del uso de la violencia. Todos asumían que en ocasiones excepcionales usarla era una opción aceptable.

La percepción subjetiva del uso de la violencia está presente en todos los momentos de la historia, y de ella depende que un individuo sea considerado terrorista, víctima, torturador o héroe nacional. Esa apreciación está contaminada por la hegemonía política de cada momento y por la superioridad de los relatos políticos en vigor. El mismo acto puede ser considerado una heroicidad de liberación nacional o una vil acción terrorista. El contexto social incide de manera determinante en la calificación moral y semántica de los hechos, y es preceptivo usarlo como clave de bóveda de cualquier relación moral de la izquierda con los actos pasados y presentes. No es posible relacionarse moralmente de la misma manera con la actividad de la banda terrorista ETA durante el franquismo que en democracia. El axioma marxista leninista del análisis concreto de la situación concreta tiene que adquirir un tinte de dogma para poder enfrentarse a cada realidad en cada momento sin miedo a que los prejuicios y los juicios actuales impidan evaluar en su justa medida cada acción, para así poder repudiar con rotundidad la actitud vil de quien a día de hoy defiende la actividad terrorista en democracia.

Melitón Manzanas es considerado una víctima del terrorismo por la legislación española. En el año 2001 fue distinguido con la Medalla de Oro al Mérito Civil, uno de los má-